

La parroquia ¿obra marianista? José Antonio Barbudo

CAPÍTULO 7

PROCESO DE CONVERSIÓN

Hoy día se habla mucho de “lectura creyente de la realidad”. Dios es el Dios de la promesa y del amor, el Dios presente y actuante. Por tanto toda esta realidad que hemos analizado y expuesto no podemos verla sin hacer referencia a Dios y su mensaje, sin intentar mirarla con los ojos de Dios. Esa realidad distinta, chocante, interpelante es historia de salvación. Por medio de ella se nos está manifestando el Salvador. Cómo leer el Evangelio, la Palabra escrita, desde la realidad, presencia viva de Dios. La realidad nos hace comprender la Palabra. Por eso en este capítulo, quizás más de experiencia personal, se intentará describir ¿qué Dios se revela en esta historia? ¿Cómo va actuando en la vida?

Los que hemos tenido la suerte de vivir esta historia concreta, esta experiencia, la vivimos más como don y como gracia que como mérito propio. Fue el Señor quien nos puso en esta situación. Hubo mediaciones humanas pero fue El quien las utilizó y aquí estamos. Nos dio la oportunidad de iniciar un proceso de conversión. A otros los llevó por otros caminos. Si echamos una mirada atrás, allá por los años sesenta o setenta, según cada cual, constatábamos el cambio profundo y radical que se ha producido en nuestras vidas. Y fijándonos en ellas experimentamos la acción de Dios, el paso de Dios por nuestra vida. Él lo hizo posible. Cada vez te anclas más en Él y solo en Él. La consagración religiosa se hace más palpable, se experimenta más.

El desarrollo del capítulo será de la siguiente manera:

a.- *Un día dijimos sí como María*, no sabiendo dónde nos metíamos. Y ese sí lo fuimos renovando en medio de las dudas, dificultades, y miradas hacia atrás.

b.- *Y comenzamos nuestro éxodo*. Nos justificábamos haciendo muchas cosas que nos enloquecieron, empezamos a experimentar el rechazo, cuando nos creíamos insertos y encarnados, vivimos el vaciamiento total y la impotencia. Y tú ¿de quién eres? Y tú ¿quién eres?

c.- *Hacemos partícipe a María de nuestra vida*. Contemplamos a la Mujer, sus actitudes y posiciones y nos abandonamos en su seno maternal para que ella nos modele.

d.- *Redescubrimos la necesidad de la oración*, trato de amistad con Dios, encuentro con el amado. El es el solo Absoluto, el único amado. Todos pasan, El queda, permanece, nos toma, nos plenifica, nos inhabita.

e.- *El lenguaje de Jesús se hace más entendible*. Los relatos evangélicos son fotografías de la vida., utilizan un lenguaje del pueblo, de los sencillos.

f.- *Y la comunidad se revalorizó*, pero no como estructura de seguridad sino como espacio de libertad, de comunicación en profundidad, de encuentro con el Señor, de presencia actuante de Dios.

g.- *El misterio de la Encarnación se hace patente. Todo nos hace referencia a Dios. "... se despojó de su rango y se hizo uno de tantos"* (1). Nos vamos haciendo más misericordiosos, más humanos y a la vez más divinos.

h.- *Dispuestos a "pasar a la otra orilla"*.

1.- Un día dijimos sí, como María

Ya hace tiempo se inició un camino por gracia de Dios. En el Bautismo nos incorporamos a su grupo, de jóvenes explicitamos más personalmente esta seguimiento, lo concretamos en la profesión religiosa. Vivíamos la vida religiosa y en nuestra cabeza y sobre todo en el corazón iban fraguando distintas intuiciones e ilusiones: "los pobres", "parroquias" "suburbios", mezcladas con realidades que vivíamos: "clases", "educación", "apostolado"... Aquello era un cóctel que producía un auténtico mareo. Los miedos a afrontar una situación nueva, desconocida y poco experimentada favorecían nuestra remolonería a dejar situaciones conocidas y en donde nos sentíamos como pez en el agua.

Y mientras elaborábamos utopías de salón sobrevino la llamada concretada en un "envío" ("obediencia") a tal o cual comunidad de suburbio o de parroquia inserta en medio popular. Y ahora sí que te sientes sobre terreno resbaladizo. Llegó la hora de la verdad. Como toda persona ante una situación nueva sientes temor, miedo, inseguridad. Se acabaron las discusiones y empieza la realidad. Y surgía aquella pregunta: ¿Por qué yo, Señor? Haciendo un esfuerzo, respondíamos: Gracias, Señor, por haberte fijado en mí.

La llamada de Dios descoloca, turba, produce pavor. En cierto aspecto vivíamos la experiencia que María vivió en la Anunciación: "*Al oír estas palabras ella se turbó y se preguntaba que significaba tal saludo*" (2). "*¿Cómo será esto, pues no conozco a varón?*" (3), o de Zacarías ante el altar del santuario: "*Al verlo, Zacarías se sobresaltó y se llenó de miedo*"(4). "*¿Cómo sabré que va a suceder así? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en años*"(5).

Y nos lanzamos. Y dijimos sí, como María.

Pasado este primer momento y dado el paso viene un tiempo de calma, de encaje, de ilusión, y más SÍ ... en la nueva misión. Todo es nuevo e ilusionante, incluso da abundante tema para la conversación, para preguntar, intercambiar opiniones, hacer análisis..., la comunicación en la comunidad es rica. La incorporación de savia nueva renueva la vida comunitaria. Es un período muy extrovertido. Participas en casi todas las actividades que te presentan, a nada dices que no. Tienes ansias de conocer todos los recovecos de la realidad que te circunda.

No pasará mucho tiempo sin que aparezcan de nuevo dudas, deseos de marcha atrás, sensación de errar en la misión, no recogida de los frutos apetecidos... La monotonía cansa, va comiendo poco a poco a la persona, la va desinflando, desmotivando..., y a veces se piensa en las cebollas de Egipto. Es frecuente plantearse que este no es nuestro campo de apostolado. Lo nuestro es la Educación y un trabajo más estructurado.. Incluso se puede pensar, y de hecho se ha pensado, si no estamos infrutilizados. Después de tantas energías gastadas, esfuerzos empleados, recursos utilizados..., y los frutos son tan escasos. No surgen comunidades cristianas en estos ambientes en la medida apetecida. ¿Qué pasa, Señor?

De una manera u otra, todas estas preocupaciones se rezan y se comparten en la comunidad y con el Equipo Provincial en sus visitas y con las personas con las que

colaboramos... Así vamos discerniendo y buscando la acción de Dios en esta historia. Y vas descubriendo en todo este entramado vital:

- que el ritmo de Dios lo marca Él;
- que Él es quien actúa y tú eres mero instrumento;
- que el Señor te quiere ahí.

Y de nuevo dices *sí* al Señor. “Aquí estoy para hacer tu voluntad”. Es la fe, la respuesta al seguimiento del Señor Jesús con la vida en la historia concreta que te ha tocado vivir, lo que nos mantiene en el tajo. Llegas a la convicción profunda de que es su Fuerza la que te mantiene en la misión y en sus manos te abandonas. Es cosa de Dios. Vives la inhabitación del Espíritu. En Él te abandonas y el *sí* se renueva.

2.- Y comenzamos nuestro éxodo

Fiados del Señor que nos llamó vamos a nuestra nueva misión con la ilusión propia de la edad. Ante nosotros aparece un mundo totalmente nuevo, distinto (6). En un primer momento no somos conscientes de esta nueva cultura, incluso no la percibimos como tal, nuestro afán salvador y mesiánico actúan como escamas que nos impiden ver la realidad. La vida, el día a día, el caminar con los hombres y mujeres concretos, el abrirse a ellos... te van apartando las escamas para poder percibir la realidad. La experiencia de los discípulos camino de Emaús debió ser algo parecido. El Señor que camina junto a ti en la historia de los hombres va devolviéndote la vista para que veas la realidad tal como es. Y ahí cuando vas descubriendo toda la hondura de la realidad, del misterio de los hombres te vas sintiendo inseguro. Vives sobre una tierra que se te presenta movediza. Experimentas una inseguridad tremenda. Todas tus ínfulas de salvador han caído por tierra. Se nos abre un mundo totalmente nuevo y distinto. No somos ellos. La experiencia nos dice que en algunos casos se puede llegar a situaciones verdaderamente preocupantes de un cansancio fuerte, sobre todo psicológico, que puede confundirse con situaciones depresivas cuando son solamente de estrés. La desilusión y desmotivación aparecen en estos casos con cierta frecuencia. Los síntomas de estos estados anímicos son: desgana, falta de capacidad de concentración, ganas de huir, de salir corriendo, dificultad para conciliar el sueño...

En esta situación vital es normal que optes por un activismo exacerbado. Piensas que hay muchos fuegos que apagar y no paras de acarrear cubos. De un lado para otro. Y esto durante años, lo que puede provocar una situación distorsionante si la vida no se alimenta del encuentro con el Señor. De todas maneras no es raro vivir situaciones estresantes, de cansancio, de desmotivación..., de noche oscura del alma (7). No tengo razones para estar así, la vida me sonríe, estoy bien considerado pero vivo desmotivado. ¿Por qué, Señor? Todo es oscuro a nuestro alrededor, esto no hay quien lo cambie. ¿Cómo confesarte Dios de la Vida ante tanta situación de muerte? Es frecuente echar la mirada atrás, querer desandar el camino recorrido. Quieres dar marcha atrás y no te atrae. Quieres ir para adelante y tienes miedo a lo desconocido. Getsemaní de nuevo se actualiza: “*Aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya*”(8).

La actividad, las prisas sin sentido, el no tener tiempo para nada, la diversidad de campos y actividades te incapacita para la soledad. Tienes miedo a la profundidad, a ahondar en tu yo, totalmente extrovertido... comprendes aquel grito: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*”(9).

Sin embargo, vives esta experiencia de noche oscura con una paz tremenda. Vas experimentando al Dios oculto que te ayuda a purificar tus motivaciones. A pesar de

todo, El sigue actuando, laborando. Y de nuevo brota de tu corazón aquella alabanza que musitan tus labios *“Alabado sea el Señor”* cuando con las manos en el volante vas como un robot hacia la próxima actividad. Y más conscientemente repites: *“Aquí me tienes, Señor”*.

Abatido vives una experiencia de “desnudez” total, de experimentar la pobreza, de sentirte impotente, de necesitar a gritos a los otros. No domino esta situación, me domina, se me va de las manos, no soy nadie. Y buscas, hablas..., te abres a otra persona, a otras personas. Necesitas hablar, y hablar en profundidad de ti, de tus cosas, de lo que te está pasando, de tus carencias... Y vas descubriendo como hay muchas personas dispuestas a escuchar, a acompañar... Vives aquella bienaventuranza que nos dice: *“Felices los que lloran porque ellos serán consolados”* (10).

Solo no soy nada, necesito de los demás. En esta situación de pobreza no te explicas como siguen saliendo bien las cosas. ¿De dónde saco las fuerzas? ¿Por qué estos resultados? ¿Quién está actuando si yo no tengo ganas? Eres tú Señor el que te vales de mí para hacer crecer y más en esta situación de pobreza. *“¡Gracias, Señor, que te vales de este instrumento tan frágil!”*. Experiencia también de purificación, de descubrir donde está Dios.

El ir al encuentro del pobre, del marginado de una forma precipitada te ha llevado a quedarte entre las dos orillas. Has dejado algunas cosas, no puedes dejar de ser tú, tu historia es tuya y te condiciona y por otro lado has tomado formas de la otra cultura, pero “no eres de ellos” (11).

Experimentas un vaciamiento total. La *kénosis* se hace realidad. Vives unos días con tu familia y te sientes extraño, participas en las reuniones de la Provincia religiosa y callas, observas..., y vuelves argumentando *“hablamos lenguajes distintos”*. Por otro lado necesitas momentos de distanciarte de la realidad en la que vives, no te sientes totalmente integrado. Con frecuencia viene a tu cabeza aquella pregunta que hizo famosa una canción hace unos años *“Y tú, ¿de quién eres?”* Ni de ellos, ni de tus parientes, ni de los marianistas. Del corazón brota tímidamente la respuesta: *“De ti, Señor”*, que da sentido a tu vida consagrada y renueva los compromisos religiosos. Y vuelves suplicante la mirada a María para contemplarla y rogarle vaya configurándose con Cristo. *Experimentas el anonadamiento, el despojo total para llenarlo de Dios.*

Y viviendo toda esta complejidad de experiencias que te sacuden profundamente, no es raro añadir una nueva: el rechazo de aquellos a los que intentas servir. No somos ellos, nuestros criterios y actuaciones por muy buena voluntad que pongamos son ininteligibles muchas veces, e incluso sin querer pueden ser hirientes. Todo esto provoca situaciones tensas de incompreensión, crítica destructiva e incluso persecución. De nuevo se hace realidad una bienaventuranza: *“Felices vosotros cuando os insulten, y persigan y digan falsamente todo género de maldad contra vosotros, por causa mía. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros”* (12).

Este tipo de experiencias te llevan automáticamente a una reflexión evangélica sobre el sentido de la Cruz, misterio central de nuestra fe. *“... si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto. Pero si muere produce abundante fruto”* (13). *“... no es más el discípulo que el Maestro”* (14).

Con frecuencia, han resonado estos textos en nuestras vidas haciéndose oración. Y vas asumiendo que no eres tú quien actúa en soledad sino Él. Es bueno que Él

crezca y yo desaparezca. Vives el misterio de Muerte para que surja la Vida, síntesis de nuestra Fe.

Vas viviendo en propia carne el itinerario que hemos descrito anteriormente (15). El “descenso a las moradas de la marginación” te hace experimentar la inseguridad, la inutilidad, la impotencia... vas viviendo una auténtica *kénosis*..., y de golpe te topas con la Cruz que la abrazas para vivir la Resurrección. Podemos afirmar que es un camino de conversión personal, de encuentro con Cristo, Muerto y Resucitado. Descubres el contenido del verdadero “discipulado” de Jesucristo.

3.- Hacemos partícipe a María de nuestra vida

Y viviendo la vida del pueblo y entre el pueblo vas descubriendo a la mujer y su importante papel en el transcurrir de nuestras existencias. La madre, la esposa, la compañera... sienten de distinta manera que tú y que yo. El acontecer diario te acerca a las “marías” en el mercado, en la plaza, en la tienda..., comentando los últimos acontecimientos. Y ¿qué versiones tan distintas a las de los periodistas? La Parroquia y su vida te pone en contacto con los feligreses, mayoritariamente mujeres, catequistas, madres que solicitan un bautismo, o acuden a una reunión parroquial, mujeres que limpian y adornan el templo, con un mimo especial. Los problemas gordos presentados en el despacho parroquial o al cura en su casa, en la calle o en la tienda son traídos por madres, esposas, o compañeras en su mayoría. ¡Y qué visión tan distinta dan de la realidad! Sobre todo más misericordiosa.

Y aquí no querría dejar de contar una experiencia, repetida con frecuencia, incomprendida por mi parte, pero que me interpela profundamente: la mayoría de las madres de los presos con las que he hablado, admitiendo la culpabilidad de sus hijos, sienten una profunda compasión de los mismos, no viven nada más que para ellos, hacen cualquier sacrificio con tal de ir a visitarlos, y esperan un día y otro a que el hijo aparezca por la puerta de casa. Como María al pie de la Cruz ellas velan confiando en la vuelta del hijo. Experiencia similar la de la madre que no echa de casa al drogadicto o permanece día y noche al lado del enfermo terminal.

La parroquia, la vida en un barrio... va haciendo que lo femenino vaya entrando en tu vida. La mujer te va haciendo descubrir otra forma de mirar la realidad. Mira con el corazón Quizás y sin quizás más cercana a la mirada de Dios. Vas descubriendo a la Mujer y su papel en el misterio de la Salvación.

Este papel de la mujer, especialmente la madre, entre las clases populares hace que el culto a la Virgen en la religiosidad popular sea tan relevante. El pueblo vive esa relación con María, mezcla de admiración, mezcla de protección. Ella es la Madre, protectora y la Reina admirada, y así ocupa un lugar importante en la religiosidad del pueblo.

Nuestra religiosidad un tanto iconoclasta va convirtiéndose en contacto con las gentes de nuestros barrios. Vamos descubriendo el papel de la Madre y protectora, de la Reina y señora. Y Ella que es centro de la fe de nuestras gentes va emergiendo también en nuestro corazón. Vamos haciendo que la Virgen participe en nuestras vidas.

Todo esto te lleva a sentirla presente en la vida y a contemplarla. Y es corriente comprender el papel que jugó en la obra salvadora de Jesús. Los pasajes evangélicos que hablan de Ella recobran un nuevo sentido:

La Mujer que:

-*calla y contempla* en su corazón las maravillas que dicen de su Hijo, el Señor (Responde a Isabel con el *magnificat*, conserva en su corazón las palabras de los pastores en Belén, calla después del acontecimiento del Templo...).

- *sale al encuentro y acompaña* al necesitado (participa en las bodas de Caná, y echa una mano, visita a su prima mayor encinta y con dificultades...).

- *es grande por su fe* (Bienaventurada la que creyó es el saludo de su prima Isabel, mi madre y mis hermanos son los escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica, y dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la guardan, son respuestas de Jesús refiriéndose a su Madre).

- *“está” en los momentos cruciales* de la obra de su Hijo (Encarnación, Nacimiento, Presentación en el Templo, primer signo, al pie de la Cruz, en el Cenáculo con los apóstoles a la espera del Espíritu...).

Y poco a poco este estilo de vida de la primera Creyente va calando. Y en Ella vemos a la Madre y Modelo, el camino para encontrarnos con Jesús Salvador de los hombres. Y en sus manos nos ponemos para que nos forme a imagen de Jesús. Y así intentamos vivir nuestra consagración a María, vivir la vida como Ella.

- *Calladamente y contemplando*. En el mucho hablar no faltarán palabras. No hay por qué ser el centro del grupo, de la reunión... La actitud de silencio, de escucha nos ayuda a contemplar a través de la vida y de los acontecimientos las maravillas de Dios. Poco hay que enseñar y mucho que aprender.

- *Saliendo al encuentro y acompañando*. Viviendo en medio de la gente, allá donde se cuece la calidad de vida. Cada persona vale y por ello estamos atentos a sus necesidades, problemas, preocupaciones..., para que, como buenos samaritanos, sintiendo lástima y compasión, les acompañemos a superar y a salir de las distintas situaciones esclavizantes.

- *Con fe* (fiándonos del que nos llamó). Aunque haya situaciones difíciles de comprender sé de quien me he fiado, y sigo adelante. En muchos momentos de la vida se experimenta la ausencia de Dios, pero creemos que, a pesar de todo, Tú marchas a nuestro lado.

- *“Estando”*. Afrontando las situaciones por difíciles que sean. No huyendo ni desentendiéndose sino implicándose en los problemas para juntos con otros salir adelante, aunque nos compliquemos la vida.

Te pones en brazos de María para que Ella te configure con Cristo.

4. Redescubrimos la necesidad de “orar”

La experiencia humano-religiosa te va llevando a gustar momentos de “oración”, de encuentros a solas con Dios.

Ante las situaciones que se te presentan, que con frecuencia son complejas y te sobrepasan, no es raro elevar los ojos y el corazón y preguntar: “*Señor, qué quieres*”. Incluso muchas veces pedir: “*Échame una mano, ilumíname*”. El recurrir a Dios se va haciendo normal en tu vida y con el pueblo redescubres la oración de petición.

Por otro lado, el estilo de vida agitado y estresante, y totalmente volcado al exterior te hace necesitar momentos de soledad y encuentro con el Señor. Se palpa la necesidad de momentos de retiro, de ponerse cara a cara de Dios, de fundamentar seriamente tus motivaciones, de contrastar con la Palabra tu vida y tu existencia. Y estos

momentos son cada vez más frecuentes y más prolongados. De iniciar un proceso unificador de tu persona.

En el día a día vas descubriendo cierta facilidad para ponerte en oración. En una clase, paseando por el barrio, ante un problema... muchas veces no eres tú quien tomas la iniciativa. Vas comprobando en la práctica que tu respuesta responde vitalmente a lo que haría Dios en ese momento, en estas circunstancias. Vas viviendo la realidad de la inhabitación, la misma vida de Dios que te habita. Vas gustando otro tipo de oración, que va pasando de una oración muy activa por nuestra parte a una oración que cultiva el silencio, la escucha, el no hacer nada... Dejarte impregnar de Dios. Escuchar qué es lo que me estás pidiendo en lo más profundo de mi ser. No vas buscando las causas de los acontecimientos sino ¿Qué me quieres decir con esto, Señor? De alguna manera vas haciendo desde lo profundo de tu ser una lectura creyente de la vida.

La oración va siendo más contemplativa que activa. Este tipo de oración va siendo más frecuente y en circunstancias muy dispares, a lo largo del día y en momentos diversos. No es raro encontrarse a la escucha de Dios que habla.. Aquellas prácticas del noviciado de las jaculatorias en voz alta se actualizan de una forma espontánea.

A la hora de tomar un decisión, de evaluar una acción, de poner en marcha un programa... no es raro contrastarlo con la Palabra. Con frecuencia desde lo más profundo de tu ser va saliendo la solución. Evangelio y vida se van uniendo. Es otra manera de ese diálogo con Dios ¿qué harías tú en esta situación? Va siendo cada día más presente en tus motivaciones, decisiones, sentimientos... La vida va siendo objeto de oración, en los ratos de oración ella entra, las preocupaciones e ilusiones son rezadas, puestas ante Dios, como momentos irrepetibles de la acción de la historia de la salvación. Pero también fuera de estos momentos sin querer y de una forma espontánea vamos haciendo examen de nuestra vida. No solamente en momentos estrictos de oración sino a la hora de tomar la decisión en la vida ordinaria. Vas relativizando muchas cosas y experimentando un deseo profundo de vivir el momento presente como el hoy de Dios.

Las celebraciones litúrgicas, especialmente la Eucaristía, son vividas en profundidad. Fácilmente se entra en clima de oración y celebración, de encuentro con el Dios vivo. La vida en toda su riqueza, como don de Dios, es presentada en el pan y en el vino. Los salmos recobran una relevante actualidad. La vivencia del encuentro con Dios en la Comunidad que celebra se hace palpable. Quizás sea una liturgia sencilla, pero profunda y vivida. Es la fuente donde bebemos para caminar durante el día. El encuentro con Dios en la comunidad que celebra.

La vida diaria está salteada de momentos, unos formales otros informales, de encuentro con Dios. Cada vez son más frecuentes. Vivir en la presencia de Dios se va haciendo una forma ordinaria de vivir. Se van relativizando muchas cosas y actividades. Va uno experimentando en la realidad quien es el Absoluto. Tu vida la vas anclando en El, el único amado y por el que merece la pena dar la vida. Encuentro con el Dios de la Vida, el Padre presente, el Único Absoluto.

Incluso la oración personal, los ratos dedicados más expresamente a rezar, la orientas hacia asumir la realidad como lugar de encuentro con Dios. Un Dios que actúa, un Dios que siempre tiene algo que decir. Vas asumiendo tu propia realidad personal como presencia de Dios, es posible desde la hondura de mi ser encontrarme con el Amado. A partir de estas experiencias se afronta la realidad personal con sus inseguridades, miedos, desencantos, angustias..., como “noche oscura”, abandono de Dios..., pero con la certeza de su compañía callada. Por otro lado vamos descubriendo, El nos ayuda, las potencialidades

personales: creatividad, flexibilidad, tolerancia, optimismo... Esta forma de rezar, de escuchar a Dios, te va haciendo más consciente de la realidad de que somos templos de Dios.

Por otro lado la vivencia de ese espíritu de oración, tal como hemos explicado en el anterior párrafo, te ayuda a tener una mirada creyente sobre la realidad socio-cultural en la que estamos. Siempre supones que hay algo bueno, bonito..., que ha de brotar de este paisaje, a veces, negro. ¿Cómo descubrir la planta que brota en el asfalto? Ante los indicadores emergentes de la realidad actual (falta de sentido, estructura social injusta, increencia, secularismo, consumismo, materialismo...), tenemos la esperanza, si nos ponemos las gafas de Dios, si tenemos la mirada de Dios, de descubrir el tesoro escondido. A modo de oración: *“Dame, Señor, tu mirada para ver:*

... a una mujer que ama y que se entrega, en la prostituta;
... a un hombre que ha entregado su vida en el anciano, en el jubilado;
... a una persona que vive desinstalada en el mendigo, en el transeúnte;
... a un trabajador que lucha por la vida en el emigrante, en el africano;
... las ganas de vivir y la confianza en el enfermo terminal, el sidoso;
... la ternura, la misericordia, divina en la madre soltera;
... la vitalidad, la espontaneidad, la autenticidad en el niño de la calle, el pillete;
... la Salvación, la Resurrección..., en el reo condenado a muerte, en el Crucificado. Amén”.

Y cada día, dándote cuenta de la importancia de la oración en la propia vida, vas poniendo los medios para hacerla y haciéndola que influya en la vida, ayude en tu proceso de conversión.

Se me ocurren algunas reflexiones a modo de corolarios:

Para rezar en la vida es necesario dedicar tiempo al ejercicio de la oración explícita. Momentos en que contrastes tu vida con la Palabra, abras tu corazón a la escucha de Dios, pero momentos que no rompan con la vida, a ejemplo de Jesús que se retira a orar pero su retiro no es para desligarse de toda criatura sino que es salida del agobio de la cotidianidad para reencontrar el sentido y el camino de su vida. Pero la oración de Jesús está recorrida por la agitación, por la alegría, por el dolor y la confianza, por el perdón y la misericordia, por el abandono en las manos del Padre.

Cada cual tiene que elegir su método. Dios está en el yo profundo, en la comunidad y en la calle trabajando. Según se acentúe una u otra dimensión nuestra oración será jesuítica, benedictina o secularizada. Los marianistas no somos monjes y sin embargo, al hablarnos de la experiencia de Dios seguimos insistiendo en los dos primeros estilos más propios de una vida bien estructurada, bien resguardada de los peligros de este mundo... y tenemos el tercer estilo por descubrir.

¿Cómo Señor presentarme ante ti sin la gente que me rodea, los problemas que me preocupan, las alegrías que me dan ganas de vivir...? Eso sí, con las manos vacías, pero “viviendo”. Vamos descubriendo una oración donde la vida tiene su lugar, o mejor dicho nos paramos para escuchar lo que Dios nos dice a través de la propia vida. Este tipo de oración, que no deja la vida a la puerta, además de hacernos “buenagente” nos compromete más con el mundo, nos empuja a transformar la sociedad o por lo menos a situarnos en ella de otra manera.

Concluyendo: en este mundo en el que vivimos, algunos lo han llamado “civilización de la muerte” necesitamos ser hombres “espirituales”. No falsos espiritualismos, pietismos trasnochados, sino hombres y mujeres de espíritu grande y

fuerte, que deja actuar al Espíritu y para ello hay que dejarse refrescar por El. Y así leer la realidad con la mirada de Dios, sentir los problemas con los sentimientos de Dios, y situarse en el mundo con las actitudes de Dios. Dejándonos penetrar por el Espíritu de Dios iremos viviendo la VIDA en nuestra historia, irrepetible, que es Historia de Salvación. Y así podemos proclamar con la Iglesia:

*“Te damos gracias, Señor, Padre nuestro,
te bendecimos y te glorificamos porque has creado
todas las cosas y nos has llamado a la vida.
Tú nunca nos dejas solos, te manifiestas vivo y presente
en medio de nosotros.
Ya en tiempos antiguos guiaste a Israel, tu pueblo,
con mano poderosa y brazo extendido
a través de un inmenso desierto.
Hoy acompaña a tu Iglesia peregrina,
Dándole la fuerza del Espíritu”*(16).

5.- El lenguaje de Jesús se hace más comprensible

Con frecuencia pasajes del Evangelio te remiten a la vida real y, viceversa, acontecimientos vividos te recuerdan escenas del Evangelio. Simplemente como muestra veamos la similitud, el paralelismo de esta expresión tan de nuestro pueblo: *“Viva la mare que te parió!”* con aquella que brota de los labios de la mujer galilea: *“¡Dichosos los pechos que te amamantarón!”*(17). Ante el buen hacer del personaje en cuestión brota la admiración de la mujer que pone de manifiesto el sentimiento de orgullo de la madre.

Podríamos hacer un estudio exhaustivo sobre el paralelismo de acontecimientos vividos en estas situaciones y escenas evangélicas pero no es mi intención. Simplemente haré referencia a algunas experiencias vividas poniendo de telón de fondo alguna escena evangélica:

Cuando algo extraordinario ocurre en el barrio: accidente, fiesta, visita de una personalidad, manifestación..., son los niños los primeros en acudir y los más cercanos a los hechos, incluso incordian un montón.

“Dejad que los niños se acerquen a Mí, y no se lo impidáis pues de tales es el Reino de los cielos” (18).

Cuando en una gran aglomeración: fiesta, feria, concentración... un niño se pierde, la madre que antes no pensó en el niño cuando es consciente de su pérdida apresuradamente busca al hijo. Cuando lo encuentra se funde con él en un abrazo, le pregunta por qué me has hecho esto y le riñe con la boca chica: *“Hijo, ¿cómo te has comportado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos”* (19).

En un banquete, en una fiesta, en una boda..., son las mujeres las que fácilmente se dan cuenta de los detalles, de lo que falta, del posible nerviosismo y sufrimiento de los organizadores...

“Y como se acabara el vino la Madre de Jesús le dijo: no tienen vino”(20).

La relación de un nuevo empresario, un autónomo, un nuevo rico, alguien que se ha establecido por su cuenta recientemente, con sus empleados, sus servidores... *“Y al salir aquel siervo encontró a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios. Y agarrándolo del cuello, le estrangulaba, diciendo: Págame lo que me debes”*(21).

La ayuda que desde la Parroquia u otras instancias se hace.

Jesús, entonces dijo: ¿No son diez los que han quedado curados? ¿Dónde pues están los nueve? (22).

Pero no solamente vas observando acontecimientos escenas..., sino y sobre todo actitudes de gente sencilla ante la vida que coinciden con el talante evangélico. La apertura a lo trascendente, la fe en la otra vida, el valor de lo pequeño, el vivir el hoy como don, la comunicación de bienes, el sentir el sufrimiento ajeno, el esperar contra toda esperanza, la cercanía de Dios, la presencia divina en la vida ordinaria... Quizás no sepan ponerle palabra pero contemplándoles descubres actitudes evangélicas que te ayudan ahondar en el Evangelio.

La observación de los hechos, el trato con la gente, el acontecer diario,te va llevando a calar y comprender en hondura el mensaje evangélico. Y la enseñanza te viene de gente no muy letrada ni muy formada. Personas con la fe del carbonero. La parábola del hijo pródigo, o mejor titulada del Padre que siempre espera, la ves en la madre del tóxico, preso, delincuente... Un padre, y más una madre, siempre espera, y sobre todo siempre perdona. Haces tuyas aquellas palabras de Jesús: *“Te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has relevado a la gente sencilla” (23).*

Ellos se manifiestan tal como son, no tienen pliegues, son espontáneos.

Vas descubriendo que el Evangelio no necesita muchos estudios para entrar en él. Te exige un profundo respeto y una actitud profunda de fe para dejarte interpelar por él. Las enseñanzas de Jesús, la metodología que él emplea, las parábolas y los ejemplos que utiliza son de la vida real: la pesca, la agricultura, la inseguridad ciudadana, el afán de medrar... fáciles de comprender. Solo se necesita fe: *“¿Por qué les hablas en parábolas? Él les respondió: Es que a vosotros se os ha dado a conocer los misterios del Reino de los cielos, pero a ellos no porque a quien tenga se le dará y le sobrarán; pero al que no tenga, aún lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: 'Escucharéis bien pero no entenderéis, miraréis bien pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, y con sus oídos oigan, y con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los cure'. Dichosos, pues, vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen. Os digo de verdad que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron” (24).*

Y así lo entiende la gente sencilla.

Y aprendiendo de la gente sencilla lo vas llevando a tu propia vida. La predicación muchas veces se reduce a releer el Evangelio y comentar brevemente. La simiente que cae en diferentes tierras, los parados en la plaza del pueblo, el padre que todas las mañanas al abrir las ventanas mira para encontrar a su hijo que vuelve, los pescadores que en pleno temporal piden auxilio al cielo, la multiplicación de los panes y los peces... no necesitan de mucha exégesis para llevarlo a nuestra vida.

Incluso el mensaje central de Jesús, las Bienaventuranzas, no hace falta hacer muchos pinitos en el aire para comprenderlo. Otra cosa es creerlo y vivirlo.

Pido ayuda
Pobres de espíritu

Ayudo al necesitado
misericordiosos

Acepto mis fallos y defectos
sufridos

Digo la verdad
limpios de corazón

FELIZ
Cuando

Expreso mi dolor
los que lloran

**Hago el bien aunque
se rían de mí**
perseguidos

Respeto y amo a los demás
*los que tienen hambre y sed
de justicia*

Hago las paces
pacificadores (25)

Resumiendo, como los niños de la Primera Comunión, feliz cuando eres bueno. Y todos sabemos lo que es ser bueno.

Y esto que predicas, que has visto en la gente sencilla lo vas haciendo tuyo, te va calando, te va transformando. No sabes cómo pero lo cierto es que en tu vida y la misión la dinámica evangélica te va tomando:

- ✘ valoras lo pequeño, lo pobre, lo bien hecho... (grano de mostaza, pizca de levadura...);
- ✘ eres más tolerante, no juzgas tan fácilmente (trigo y cizaña crecen juntos, la red coge peces buenos y malos...);
- ✘ perdonas fácilmente, no eres rencoroso, te vuelves más misericordioso... (setenta veces siete, el Padre que perdona...);
- ✘ respetas el ritmo personal, no impones, invitas, vale el tú a tú ... (unos cien por cien, otros setenta, otros treinta... un talento, dos talentos, cinco talentos...);
- ✘ te manifiestas más agresivo, más transparente, tal como eres, (ven y verás, el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza);
- ✘ contagias por ósmosis, como la mancha de aceite, por una vida consecuente (Zaqueo, baja esta noche voy a cenar en tu casa...);
- ✘ sientes con los demás, el dolor y el sufrimiento del otro con frecuencia lo haces tuyo, no es raro que se te salten las lágrimas (parábola del samaritano, lloró ante la muerte de su amigo Lázaro...);
- ✘ descubres que una persona “vale” en sí misma, merece la pena dar la vida por ella (cien ovejas y vas por la pérdida, ése era Yo...);
- ✘ vives la solidaridad con los hermanos, lo que pasa en el pueblo, en el barrio..., lo vives como algo tuyo (mi madre y mis hermanos son aquellos, voy a verle...)

La vida en contacto con estas personas sencillas te va haciendo comprender cada vez más y mejor el misterio de Muerte y Resurrección.

“Cuando nos situamos desde la Vida, la realidad y nuestra tarea educativa se iluminan; no negamos nada de la crudeza e injusticia de este mundo, pero nos situamos desde la profunda convicción de que las personas que tenemos junto valen la pena; vale la pena, junto al gesto inmediato, la larga tarea de educar para la solidaridad, educar para poder incidir, en el futuro, en las mediaciones de la realidad; educar para hacerse cargo de la realidad y de la historia, con responsabilidad.

El asunto es que los adultos cristianos estemos persuadidos no ideológicamente sino desde el corazón, que Jesús de Nazaret, el Viviente, a nosotros nos ha trastocado la vida” (26).

Va surgiendo en nosotros entrañas de misericordia que nos hacen ver el mundo con los ojos de Dios.

6. Y la comunidad se revalorizó

En obras de este estilo, totalmente a la intemperie y volcadas al exterior es normal llevar una vida muy activa, rondando el activismo, muy extrovertida, prácticamente no tienes tiempo para ti, muy desorganizada, pasas de una actividad a otra, con frecuencia te levantas sin saber lo que el día te va a deparar, muy individualista, todo te lo comes y organizas tu solo. Este ritmo de vida te puede llevar a un automatismo tremendo, a actuar por mera inercia, a una cierta robotización. Todo ello te hace redescubrir el valor de la comunidad, no tanto como estructura, sino como espacio de relax, de parón, de interiorización..., y sobre todo de comunicación en profundidad.

La misma actividad desenfadada te lleva a gustar de los momentos de comunidad. No es raro en este tipo de comunidades, desestructuradas, que informalmente se organice una tertulia entre los miembros de la misma en donde fácilmente la comunicación se hace en profundidad, pasamos fácilmente de la tertulia al coloquio. Vivimos la necesidad de hablar de nosotros mismos, de nuestras preocupaciones más profundas. Por otro lado el vivir tan a la intemperie te ha hecho despojarte de muchas escamas y manifestarte tal como eres. Fácilmente vences los prejuicios, las ideas preconcebidas sobre los hermanos y los consideras como interlocutores válidos de tus problemas y preocupaciones profundas.

La misma vida te lleva a valorar lo que te falta. Siempre vertido al exterior necesitas que alguien te escuche, hacer eco a tus problemas y preocupaciones. Vas descubriendo que el lugar adecuado para ello es la propia comunidad. La comunicación tú a tú se hace fácil, los estados de ánimo se exteriorizan rápidamente, la preocupación por la situación del hermano es normal. Te sientes acompañado, respaldado. A veces, no son necesarias las palabras. Un gesto, un silencio prolongado, un rostro alegre o mohíno... están transmitiendo su mensaje.

Todo ello te va llevando a relativizar muchas cosas de tu actividad y a buscar momentos prolongados en la comunidad. Vas descubriendo la comunidad como lugar de encuentro con el hermano, el hermano concreto, con sus creencias y valores... Las relaciones interpersonales van siendo más fluidas y espontáneas. A ello ha ayudado también el estilo de comunidad, ya que normalmente han sido comunidades de pocos miembros, en espacios reducidos, con trabajos y ocupaciones muy diversas... que han favorecido el roce, la tolerancia, la aceptación del otro, como diverso, y su ritmo... No es la

regularidad lo que ha primado en este estilo de comunidades sino el sentirse a gusto, el lugar del “descanso” del guerrero.

No obstante todo esto ha ido llevando a un doble descubrimiento:

- la comunidad religiosa como lugar de crecimiento personal. Ello te lleva a comunicarte más en profundidad con los hermanos, a intentar conocer y respetar el ritmo de los otros, a ayudarles en el crecimiento espiritual... Te vas haciendo más realista y admitiendo la diversidad.

- y la comunidad religiosa concreta como presencia de Iglesia. Con estos hermanos concretos busco mi propia identidad, mi liberación siguiendo al Señor Jesús, con ellos estoy comprometido a ser santo.

Vas pasando de una concepción de la comunidad que te asegura los medios para vivir, natural y espiritualmente, a otra que pone a Dios en el centro de la misma comunidad. Experimentas en tus carnes aquellas palabras de Jesús.

“Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre allí en medio estoy yo” (27).

Vas percibiendo la comunidad religiosa como misterio que presencializa a Dios. Lo que quizás un día dejaste porque era estructura, norma, regla..., lo recuperas al descubrir su sentido en profundidad y vas creando nueva estructura. La oración comunitaria, la celebración diaria de la Eucaristía, la reunión de la comunidad, el proyecto comunitario, los retiros comunitarios... van abriéndose paso y se les va dedicando el tiempo necesario. Son momentos densos de la vida personal y que se procura estar presentes en ellos.

Por otro lado la comunidad religiosa se convierte en un taller de vida cristiana. La vida comunitaria tiene múltiples ocasiones de experimentar los valores y actitudes cristianas. Se vive la comunidad como un “taller de vida cristiana”. En la medida que somos respetuosos del ritmo de los demás, que sabemos perdonar, que compartimos... que en el fondo nos queremos en nuestra vida comunitaria vamos haciendo nuestros estos valores evangélicos. Ello nos potencia para que después en nuestro trabajo tener también esas actitudes.

Las personas que nos conocen y tienen relación con nosotros perciben este aire comunitario y en parte les choca. Por otra parte les atrae y se sienten a gusto participando en nuestra vida. Nos ven como un todo, percibiendo las diferencias existentes entre los miembros, pero justamente eso es lo que les llama la atención. Cómo siendo tan diferentes y sin ningún lazo de sangre podemos vivir así. Ello nos lleva a ir descubriendo otra realidad. La comunidad religiosa tiene su misión propia. Hoy es posible vivir como los primeros cristianos el Evangelio hasta las últimas consecuencias. Descubrimos que nuestra calidad de vida ya está anunciando la Buena Noticia de la Salvación.

“Un medio privilegiado de cumplir nuestra misión es la comunidad misma. Sabemos que la calidad de nuestra vida produce más impacto que nuestras palabras. Juntos buscamos caminos para dar un testimonio vivo de la fe que compartimos” (28).

Pero no solo se reduce al redescubrimiento de la comunidad religiosa en sí, sino también el valor de la comunidad religiosa inserta en una más amplia. La misma vida parroquial junto con la vida religiosa en común, ayudan a experimentar una vida comunitaria más amplia. Las relaciones con los vecinos, feligreses, agentes de pastoral... son unas relaciones fluidas que se van consolidando cada vez más y así el entramado comunitario parroquial se va fortaleciendo.

7. El misterio de la Encarnación se hace patente

Este estilo de vida, decimos en los apartados anteriores, nos ayudan a ponernos en oración y en presencia de Dios, nuestro Padre, fácilmente, nos va configurando con el estilo de Jesús, con las actitudes evangélicas sin darnos cuenta y nos hace descubrir en la comunidad religiosa la fuerza de Dios, la presencia del Dios Vivificador, que une y envía a anunciar la Buena Noticia. Nuestra historia nos ha llevado a descubrir un Dios presente, cercano, que ha hecho opción por el hombre. De alguna manera nos lanza a vivir el misterio de la Encarnación. Un Dios que se ha hecho carne, que quiere compartir la vida del hombre, que nos hace partícipes de su propia vida. Dios apunta hacia el mundo, la tierra, el hombre. Vas descubriendo al Dios que se ha hecho comunicación, diálogo, entrega, Palabra:

*“La Palabra era la luz verdadera
que ilumina a todo hombre
que viene a este mundo.
En el mundo estaba,
y el mundo fue hecho por ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a su casa y los suyos no la recibieron
Pero a todos los que la recibieron
les dio poder de hacerse hijos de Dios
a los que creen en su nombre
la cual no nació de sangre
ni de deseo de carne
ni de deseo de hombre
sino que nació de Dios.
Y la Palabra se hizo carne
y puso su morada entre nosotros
y hemos visto su gloria
gloria que recibe del Padre
como hijo único lleno de gracia y de verdad”*(29).

Experimentas a Dios como Alguien presente, que camina contigo, que quiere hablarte. Vas cambiando tu actitud respecto a Dios, ya no eres tú quien tomas la iniciativa en este diálogo constante sino que pasas a una actitud sobre todo de Escucha. Dios puede hablar en cualquier momento. Experimentas el gran don de la elección de Dios. El Señor me ha tomado.

A partir de la vida, de las experiencias, del acontecer diario vas descubriendo la acción de Dios en lo cotidiano, en lo a veces despreciado por los hombres en el día a día. A modo de oración litánica expreso a continuación como descubrir a Dios en el acontecer diario:

- Una familia, con tres generaciones presentes requiere mis servicios para bendecir un barco de pesca, recién construido por el abuelo. Allí, en el mismo lugar que horas antes se desarrollan enfrentamientos entre vecinos y guardias civiles. En una zona donde el contrabando y el narcotráfico hace estragos una familia unida “bota” un barco. Trigo y cizaña crecen juntos. No tenemos que separar, sino ver y contemplar el trigo para en él contemplar al Dios de la VIDA.

Tú, Señor, estás en el “rebalaje”, en esa familia unida.

- Un grupo de padres, integrantes de un Club Deportivo, algunos contrabandistas o narcotraficantes, me piden que bendiga un campo de fútbol. Y allí voy. El campo ha surgido del esfuerzo y del dinero de estos hombres, pescadores, taxistas, albañiles, funcionarios, ... contrabandistas, gayumberos... Todos juntos (de nuevo la parábola del trigo y la cizaña, la red que coge peces buenos y malos...) han llevado a buen puerto la empresa emprendida hace años. Allá en la unión de esfuerzos, de preocupaciones de los padres por este servicio a los demás, especialmente niños, adolescentes y jóvenes te vi, Señor, generando VIDA.

Tú Señor, estás en el esfuerzo común de esos hombres.

- Sábado por la tarde. La flor y nata del barrio. Una familia venida a más. Las boutiques han hecho su agosto. Breve introducción a la celebración. Los novios como ovejas que van al matadero viven este momento para ellos trascendente. Dejan de lado todas sus preocupaciones. Es algo nuevo, distinto, misterioso. En este mundo que se vive al día, que el compromiso de por vida está *demodé*, dos jóvenes en su inmadurez se comprometen a amarse durante toda la vida, a las duras y a las maduras. En medio de las apariencias, el poder de este mundo, ...brota la entrega, el compromiso, la donación..., la VIDA. Allí experimenté Señor tu presencia.

Tú, Señor, estás en el compromiso, la donación de esos dos jóvenes, inmaduros.

- Voy, por la noche, de visita a casa de un matrimonio amigo, maestro él, maestra ella. Hacía dos meses que no nos veíamos. Ambiente de paz, tranquilidad, comunicación. Te sientes como en tu propia casa. Revisamos el verano, hicimos planes para el próximo curso. Pero lo más grande, lo más importante es como están viviendo la próxima venida de su hijo. Gozo que les desborda y que nos transmiten. Se sienten inundados de Dios con el que colaboran en la creación de una nueva VIDA. Allí estás Señor, el Dios que has optado por el hombre y lo habitas. SOMOS TEMPLOS del Espíritu de Dios.

Tú, Señor, estás en el hombre desde el momento de su concepción.

- Me encuentro después de mi larga ausencia, casi dos meses, la comunidad invadida por gente joven, religiosos y amigos de los marianista, la mayoría interesados en la vivencia del carisma marianista. Ello provocó algunas largas sobremesas sobre lo marianista. Han recalado en la comunidad para compartir nuestra vida y echar una mano en los distintos trabajos con los que colaboramos. Ambiente relajado y jovial, jóvenes conviviendo con religiosos de avanzada edad, armonía en grado sumo..., que favorece una comunicación en profundidad. Es posible vivir la espiritualidad marianista juntos laicos y religiosos. Allí, en el día a día, tú, Señor, te ibas haciendo presente y llenando aquellos corazones jóvenes. Te sentimos presente en nuestras conversaciones, en la celebración diaria de la Eucaristía, en las discusiones sobre la familia de María, en los problemas ajenos que nos desbordaban..., pero sobre todo la VIDA experimentada, fruto del Espíritu, nos orientaba hacia la construcción de un futuro esperanzador.

Tú, Señor, estás en la vida compartida desde la profundidad de la fe. Abres caminos de futuro desde la Comunión y la vivencia del Espíritu.

Y todas estas experiencias vividas, y muchas más, te ayudan para encontrarte con el Dios de la VIDA, que sigue trabajando (30) en este mundo. Tu forma de vivir la Religión sufre una transformación. Jesús no es un modelo ético o moral a seguir sino una experiencia creyente a vivir. Y en tu vida, configurada con Cristo, vas encontrándote con

ALGUIEN que te ama por la fuerza del Espíritu. Vas viviendo a Dios como Trinidad . Y así vas globalizando toda tu vida. La vives como historia de la salvación y relativizas cantidad de cosas. Experimentas el misterio de la Encarnación porque toda realidad humana está divinizada, está salvada.

8. Pasar a la otra orilla

El descubrimiento del Dios de la Vida te da paz pero no tranquilidad. A estas alturas no estás exento de dudas, de miradas hacia atrás, de angustias vitales... Vienen a tu cabeza infinidad de experiencias bíblicas: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere...”, “pasar a la otra orilla...”, “camino de Jerusalén y no de Galilea...”, “en la Cruz está la VIDA...”, “desear las cebollas de Egipto...”, “Moisés no entró en la tierra prometida...”, que te desconciertan.

Pasó el tiempo de la popularidad y empieza el tiempo de la interiorización. Y cuesta ahondar en uno mismo cuando ha vivido tan extrovertido. Es momentos de echar raíces en el Absoluto, “lo esencial está en el interior“. Y ahondando escuchas la voz de Dios que te pide el “más difícil todavía”, “ el triple salto mortal”... (31). Hay que pasar a la otra orilla, a la tierra de los gerasenos, tierra de gentiles, de desconocidos e incluso beligerantes. Hay que acompañar a Jesús a Jerusalén, zona de conflictos y encuentro con la Cruz. Es momento de ponerse en camino, de iniciar un nuevo éxodo hacia la tierra desconocida.

* * *

Este proceso de conversión provocado por apostolados nuevos, en circunstancias diferentes a las acostumbradas, en medios sociales no habituales para los marianistas, con comunidades reducidas, a la intemperie y en la frontera ha sido un bien para las personas que lo hemos vivido y por consecuencia para la Compañía de María.

Y de él tenemos que sacar enseñanzas. Hay un principio pedagógico que a veces hemos utilizado en situaciones conflictivas: “Cuando pones a una persona en situación límite saca de sí todos sus valores para salir adelante”. Pienso que en algunos casos de marianistas, no digo de comunidades marianistas, los hemos puesto en situaciones límites y allí han sacado todo su dinamismo y vitalidad. Son otras personas. Y allí el carisma marianista como don de Espíritu, ha surgido y germinado.

Hoy podemos decir que los marianistas en el apostolado de las parroquias tienen más conciencia de religiosos y marianistas. A ello ha contribuido la reflexión teológico-pastoral, la potenciación de la presencia comunitaria marianista en el apostolado de las parroquias y muchas otras causas. Pero sobre todo el proceso seguido por los mismos religiosos que trabajan en este apostolado. Y esto hay que verlo como acción del Espíritu. Es una manera de vivir una cierta renovación espiritual en este tiempo de reconversión y reestructuración . Tenemos que dejar el centro, la instalación..., incluso a nivel geográfico e institucional..., y emprender un éxodo hacia lo desconocido, hacia la frontera... ponernos a la intemperie..., para que la brisa fresca del Espíritu nos invada.

NOTAS

- (1) Flp 2.6.
- (2) Lc 1.29.
- (3) Lc 1.34.

- (4) Lc 1.12.
- (5) Lc 1,18.
- (6) Este tema lo he desarrollado ampliamente en los capítulos anteriores, especialmente en los capítulos 3 (*La religiosidad del pueblo*) y 4 (*Encuentro con el marginado*).
- (7) Experiencia nueva, difícil de describir, mezcla de miedo, inseguridad, desánimo, ineficacia, descolocación..., pero vivido con una paz, con unas ganas de seguir adelante, de crear cosas nuevas, de arriesgar... ¿será la seducción? ¿el enamoramiento? Experimentas que todo sigue su marcha, con mejores resultados que cuando eras más activo... Él *sigue actuando*, vas ahondando más en el yo personal, vas viviendo la vida del Espíritu. ¿Experiencia mística?
- (8) Lc 22. 42.
- (9) Mc 15.34.
- (10) Mt 5.5.
- (11) Por mucho que te acerques, que te insertes, te inculteres..., nunca serás “de ellos”. No puedes desprenderte de tus orígenes, posibilidades, formación... de tu historia que te ha ido formando y conformando tu ser. Ellos tienen una historia que es irrepetible y muy diferente a la tuya.
- (12) Mt 5.11.
- (13) Jn 12,24.
- (14) Jn 13.16.
- (15) Cfr. apartado 4 del capítulo 4.
- (16) Plegaria eucarística Vª.
- (17) Lc 11.27.
- (18) Mc 10.14.
- (19) Lc 2.48.
- (20) Jn 2.3.
- (21) Mt 18.28.
- (22) Lc 16.17.
- (23) Mt 11.25.
- (24) Mt 13.10-17.
- (25) Esquema de la Bienaventuranzas en un lenguaje asequible a los niños y a las personas sencillas que he utilizado con mucha frecuencia en las catequesis y en la predicación de la parroquia.
- (26) CATALÁ, Toni, s.j., *Salgamos a buscarlo* (Notas para una teología y una espiritualidad desde el Cuarto Mundo), colección Aquí y Ahora, Sal Terrae, citado en “Crónica del Tercer Encuentro sobre evangelización en medios populares”, página 12.
- (27) Mt 18.20.
- (28) R. V. 67.
- (29) Jn 1.9-14.
- (30) Cfr. Jn 5.1.
- (31) Cuando se tiene este abandono en el Absoluto, cuando se vive esta experiencia de Dios, cuando Él solo basta..., la respuesta radical a Dios, aunque la llamada del Señor sea a edad madura, dejarlo todo (tierra, posesiones...) e incluso la misma vida engendrada –Isaac– como le ocurrió a Abraham, *se da*. Hermanos nuestros hay hoy día y hubo en otros tiempos que como Abraham han dado el triple salto mortal confiados en el Señor (PP. AYASTUY, IÑÍGUEZ, VALMASEDA... y, más recientemente, Enrique ZABALA).